

EL VAHÍDO DE JAVI P. EN LA PROCESIÓN DEL CORPUS CHRISTI

Fabián, J.F.

A cualquiera le puede dar un vahído. Seguramente todos los días dan miles de vahídos en el mundo y no pasa más. Te da el vahído, asustas a los que tienes al lado, cae por allí alguien que entiende de vahídos o te llevan al ambulatorio y en pocos minutos de observación te recuperas. Luego los vecinos comentan que por lo visto te ha dado algo pero que no se sabe bien qué ha sido, unos se inclinan por un mal penoso y fulminante que ha hecho su primera manifestación y otros que ha sido una subida o una bajada de lo que sea, de cualquier cosa de esas que provocan vahídos cuando suben o bajan sin que pasen a mayores. Bueno, pues así las cosas a Javi Paso le dio un vahído el día del Corpus Christi. En principio no tendría que tener trascendencia la fecha, pero no fue así. A saber: a Javi Paso nunca le habían dado vahídos. El muy enterado de él creía que eso sólo le pasaba a la gente mayor. Pues o no era verdad o se estaba haciendo mayor. No era verdad, vamos a dejarlo así. Él sabía distinguir perfectamente entre lo que es un vahído y lo que le pasaba cada noche que libraba en el Alquitara porque estaba de boda. (No voy a describir más cosas por si lo lee su madre o su hermano mayor y luego le vienen con las típicas monsergas). El caso es que a Javi Paso le dio un vahído en plena Calle Mayor, precisamente, eh, precisamente, la primera vez que había ido a ver la procesión del Corpus.

Hay que decirlo y hay que decirlo: la gente autóctona tarda siempre más que la forastera y la turista en conocer lo suyo y no digamos en apreciarlo. Javi, como tantos, como yo mismo, había dejado transcurrir su alevineidad, luego su cadetería, más tarde su juvenileidad, después su adolescencia, un poco después su etapa universitaria y ahora que se estaba limpiando los pies en el felpudo de la entrada al porche de la madurez, ahora, es cuando había decidido ir a ver por primera vez una procesión del Corpus. Su madre, que no se la perdía ningún año, comprendió que había culminado felizmente con este logro la educación del pequeño de la

familia. Y aunque contenta por este triunfo, también sintió ese emotivo desfallecimiento del espíritu al que se llega cuando se consume una etapa tan trascendental de la vida humana como es la educación de los vástagos, notándose con ello uno más mayor. No quiso que fuera con ella a la procesión, le bastaba a la mujer con que Javi le hubiera dicho aquella mañana de domingo: *“Dame los pantalones de pinzas que voy a ir a la procesión”*. Le dio un latigazo tal el corazón que si hubiera tenido alto el colesterol, los triglicéridos y las transaminasas ya hubiéramos visto lo que hubiera pasado. Pero Mercedes andaba bien de esos temas.

De modo que la madre de Javi le planchó los pantalones de nuevo para que fuera más guapo, y eso que se los tenía ya con la raya bien derecha de antes. Daba igual, se los planchaba otra vez porque estaba contenta y porque le daba la gana. Es que a la gente, a partir de los sesenta, cuando le da la gana planchar unos pantalones dos veces, haga falta o no, hay que dejarlos. Y no es por nada, es que tiene que ser así, los planchas dos veces o quinientas si se te pone en la punta de la nariz.

La verdad es que desde que habían declarado a esta procesión del Corpus fiesta turística de Castilla y León o fiesta nacional o estas cosas que se hacen ahora para aumentar el turismo, a Javi ya le había picado la curiosidad. Pero con moderación. Nadie lo sabía más que él y una novia que tuvo una vez a la que le confesó toda la cosa una noche, sabe Dios cómo y porqué. Había algo de trauma de la niñez en su comportamiento con la procesión del Corpus Christi, esa era la cosa. No lo iba yo a decir, pero tampoco pasa nada porque se sepa. Dicen que los traumas de la infancia se curan enfrentándose a ellos de cara, así que por ello me arriesgo a decirlo aquí, básicamente por hacerle un favor a Javi, a quien quiero como a un primo hermano. Ahí va: no es que no hubiera ido nunca Javi a una procesión del Corpus, es que fue una vez, de chavales, con un amigo que ahora tiene una carnicería y la verdad es que si ya les imponía respeto a aquellas edades ver a semejantes personajes con aquellas porras, si ya era un poco duro mantener la respiración y la cara tiesa cuando pasaban a su lado, apostados él y su amigo en un portal, hieráticos como una estatua egipcia de Ramsés II, si ya era duro eso, qué sería, qué fue, mejor dicho, cuando uno de aquellos seres

monstruosos, todo de verde floral tropezó con el vestido de comunión de una niña que no lo llevaba con todo el garbo que le había dicho su madre y se le vino a Javi encima, estampándole la porra en la frente. Sin violencia, pero estampándosela. Estas cosas en la mente de un niño son diferentes. Los niños construyen realidades al margen, son sus realidades, son distintas pero son realidades porque para ellos lo son y no hay quien pueda con ello. Ni los psicólogos por más que te cobren la pasta que te cobren por devolverle la paz mental al angelito, ni los psicólogos ni nadie terminan por borrarle de la cabeza ese impacto, que con el tiempo y las cosas del tiempo va tomando otros colores y otra compacidad, pero siempre quedando algo por ahí, como una adherencia después de una operación de vesícula. No hubo consuelo para Javi durante veinte largos minutos, los que siguieron después de que le quitaran el hombre de musgo de encima, que hasta que se lo pudieron quitar esa fue otra, porque, claro, esa gente no se puede mover con facilidad y luego es que además el hombre se había hecho daño y decía que tenía el menisco roto y que era mejor que no le movieran, que lo había visto en un reportaje de Antena 3. Pero estaba encima de Javi y Javi no reaccionaba, ni siquiera acertaba a llorar, era de esos casos en que los niños dan como boqueadas, se ponen morados y no arrancan a llorar. Para colmo los niños de comunión se arremolinaron en torno al suceso y formaron un tapón y no dejaban pasar a los de protección civil, porque estos, muy profesionales, decían entonces que ni en casos apurados se puede despejar a manotazos a un niño vestido de comunión, que te la podías buscar. Y mientras el pobre Javi en aquellas circunstancias. No es de extrañar que cuando arrancara a llorar se pasara en ello veinte minutos o más. Los que tardaron en ir a buscar a su hermano J. Antonio que iba de abanderado ese año de una cofradía de no sé donde, porque este muchacho es que se mete alguna vez en unos líos de cuidado. Y se lo tuvieron que decir precisamente cuando estaba haciendo la ofrenda de las banderas. No podían haber esperado, tuvo que ser en ese momento y claro, la familia es la familia, salió corriendo, tropezó, se cayó dos veces y la gente le abrió paso porque pensaba, una de dos: o que había enloquecido o que había robado la custodia. Ninguna de las dos cosas parecía probable

de este muchacho, que suele tener un comportamiento normal, pero al verle correr y al ver a la guardia civil y a la policía municipal que desenfundaban la reglamentaria, pues lo tuvieron que pensar. Y lo que es la gente, lo malos que somos algunas veces los humanos: a los de las filas de atrás, a esos que nunca alcanzan a ver nada en las aglomeraciones humanas porque llegan tarde y son encima bajitos, a esos les llegó la honda de que el que corría, corría porque había robado un estandarte. Para qué querría José Antonio un estandarte. Desde luego... Que mala es la gente, pero en fin. El caso es que llegó a tiempo para auxiliar a su hermano, al que ya le habían quitado el hombre de musgo de encima y estaba en el minuto 19 de llanto a todo cuajo sin consuelo. Fue verle y se serenó. Bueno no tan rápido, pero más o menos así. La verdad es que J. Antonio tuvo que explicarle todo y todo era que en realidad eran hombres disfrazados con musgo, que era un invento de la gente de Béjar de hace unos cuantos siglos para tirarse el pegote de heroísmo, porque como todavía no había sido lo de La Gloriosa y no tenían como muchas causas para reivindicar gestas gordas, pues en fin, había que buscarse la vida. El pobre Jose lo hizo con toda su buena intención de hermano ejemplar y, sí, le curó el llanto con aquella demostración racional, pero le hundió los principios de un bejaranismo fabular que le habían infundido en la catequesis, años atrás, cuando le contaron entre el cura y los catequistas a todos los críos la gesta de la reconquista de la ciudad. El caso es que su hermano José Antonio le sacó de una y le hundió en otra. Desde entonces Javi no fue nunca un niño soñador, se convirtió en racionalista a ultranza a pesar de su corta edad y no llegó nunca más allá del principio en la dulce etapa de las fantasías y, sobre todo, no estaría ya nunca impregnado por los sueños de las glorias locales, que tanto sirven después para cuando uno se hace mayor y le tienta, por ejemplo, la cosa del nacionalismo, que es muy humano, como tantas y tantas imbecilidades que uno tiene que superar.

Así fue y yo dejo constancia de ello. Quizá ahora se explique todo lo del vahído de Javi Paso el día de la procesión del Corpus Christi con mayor rigor. Por no entrar en demasiados detalles podemos resumirlo. Javi estaba apostado con sus pantalones de pinzas de raya recta en la entrada del comercio de Chago Yuste. En

esto vio venir a los hombres de musgo con el abanderado y sintió flojera general. Había desayunado un café con porras, o sea no era la pájara. Por si acaso se apoyó en el escaparate de la tienda. Antes de que llegara la majestuosa y tradicional hilera de los niños y niñas de comunión, cada uno en su filita: ellos allí, ellas aquí, Javi sintió un sudor frío por el cogote, puso los ojos en blanco y cayó sobre la espalda de una señora bastante gruesecita que se estaba abanicando porque hacía un bochorno de cuidado y la pobre señora había arrancado a sudar sin remedio. Gracias que le vio enseguida la palidez y adivinó que estaba enfermo, que sino lo mismo le remata allí mismo. Como años atrás, se organizó un tumulto. Los niños y niñas de comunión se arremolinaron a ver lo que pasaba, pero, cosas de la democracia, los de protección civil ahora no se anduvieron con tonterías y los dispersaron a poco menos que a cachetes y a empujones, prueba de que los tiempos, por más que se diga no son como antes, ahora un niño de comunión es un símbolo de estatus, de tradición, de las creencias de los padres o de la manía del niño por tomarla para que le regalen una Play Station, de la sociedad de consumo para ser claros. Ya no es aquella devoción de antaño, aquel espíritu que nos inundaba y, como novias antes del deseado desposorio, nos dejaba insonmes la noche anterior. No es aquello, no señor. Esto debe ser cosa de la democracia o de los socialistas.

La gente siempre se queja de la seguridad social y más ahora que está el PP en el poder, pero el caso es que siempre pasa un médico por donde hay un herido y se abre paso diciendo eso de "*Apártense que soy médico*". Gobierna el PP o el PSOE siempre pasa esto. El caso es que llegó allí el médico ese que digo que siempre acaba llegando. Y fue la salvación de Javi, porque no era un simple mareo lo que le había dado. No era mucho, pero era un poco más. Hay que recordar a propósito de ello, para quien lo haya olvidado o no lo sepa, que Javi es licenciado en filología, o sea que sabe idiomas. No sé cuantos pero sabe. Bueno, pues cuando despertó, después de que aquel médico ocasional le hubiera hecho eso que les hacen con las pupilas, los párpados, el pulso y tal, Javi hablaba al parecer otro idioma. Debía ser así porque el médico le respondía y los dos se entendían a las mil maravillas. Cuando el amigo que estaba con Javi preguntó al médico sobre aquella rara situación, éste

le explicó que nuestro hombre estaba tan desorientado que no sabía ni dónde se encontraba. El médico le intentó centrar, pero como si nada. Es que no sabía ni en qué país se encontraba, por eso hablaba otros idiomas, como para probar a ver si le entendían. Mira que saben los médicos, pero aquel no sabía qué hacer. En su confusión pidió que abrieran paso, que despejaran la zona, que le entrara bien el aire. Como ya había pasado el grueso de la procesión, fue cosa fácil, la gente colaboró. Entonces Javi se puso en pie y miró con la misma mirada, exactamente con la misma mirada de confusión con la que aquel pobre Ortega Lara miró a la multitud curiosa que quería apoyarle o verle por morbo, cualquiera sabe, el día de su liberación. No sabía donde estaba. Pero de repente sus ojos se clavaron en una hilera de balcones engalanados con la bandera nacional de esos que se ponen siempre este día, aunque nadie sepa ya muy bien en estos tiempos porqué. ¡Y reaccionó! Y le cambió la color y sonrió. “¡España, estoy en España!”, exclamó. “¡Y en Castilla!” le completó el doctor para acercarle más a la realidad porque España es muy grande.

No me hagan mucho caso, que esto no es lo mío, pero en algún programa de la TV de esos de contar los jubilados las enfermedades y las desgracias he oído yo que a veces con los vahídos se pierde mucha cabeza y sino se recupera la orientación en cosa de minutos, puede quedar uno tonto o medio tonto. De haber seguido desorientado Javi unos minutos más, quien sabe lo que sería ahora de él. Mira para qué sirven las banderas muchas veces. Por eso precisamente los vascos vayan donde vayan y a lo que vayan, tenga que ver o no, ellos están siempre allí con su ikurriña, para orientarse, ¡por si a algún paisano le da un vahído como le dio a Javi Paso y no saben orientarse! Todos los días se aprende algo nuevo. Vaya que si.